KRISHNAMURTI

LA CRISIS NO ES EXTERNA, ES INTERNA



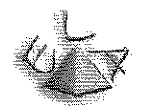
E.L.A.

Título original en inglés:
THE COLLETED WORKS OF J. KRISHNAMURTI

Ediciones Librería Argentina
Andrés Mellado, 46. 28015 Madrid. España
Tel.: 91 5434781
www.libreriaargentina.com

LA CRISIS NO ES EXTERNA, ES INTERNA

KRISHNAMURTI



Ediciones Librería Argentina
Andrés Mellado, 46
Tel 91 5434781
28015 Madrid
www.libreriaargentina.com

Índice

Los motivos internos determinan lo externo

¿Puede cada uno de nosotros siendo responsable del conflicto y de la desdicha dentro de uno mismo y, por tanto, en el mundo, aceptar que la mente y el corazón siguen embotados por filosofías e ideas erróneas?

Si quien ha generado esta lucha y sufrimiento no cambia fundamentalmente, ¿producirán orden y buena voluntad los sistemas, las conferencias o los proyectos? ¿No es urgente transformarse a sí mismo, porque lo que uno es, eso es el mundo?

Los conflictos internos se convierten en desastres externos; el problema de uno es el problema del mundo y sólo uno puede solucionarlo, nadie más, nadie puede hacerlo por otro. El político, el economista, el reformador, al igual que uno, es un oportunista, un inventor de planes; pero nuestros problemas, el conflicto, la desdicha humana y esta existencia vacía que produce desastres tan atroces, requiere algo más que invenciones astutas o reformas superficiales de los políticos y propagandistas.

Se necesita un cambio radical de la mente humana y nadie puede generar esa

transformación para otro, cada uno debe hacerlo. Lo que uno es, así es el grupo, la sociedad, el líder. Sin uno el mundo no es; cada uno es el principio y el fin de todas las cosas. Ningún grupo, ningún líder puede establecer lo eterno, sólo cada uno puede hacerlo por sí mismo.

Las catástrofes y la desdicha vienen cuando los valores sensorios y pasajeros predominan sobre lo eterno. Lo permanente, lo eterno, no es el resultado de ninguna creencia; creer en Dios no significa experimentar lo eterno, tan sólo la forma de vivir muestra su propia realidad.

Cuando nos alejamos de la realidad, es inevitable que aparezcan la opresión y la explotación, la agresividad y la crueldad económica; y nos alejamos de la realidad cuando practicamos el amor a Dios, cuando aceptamos y justificamos la matanza de nuestros semejantes, cuando apoyamos el asesinato en masa en nombre de la paz y de la libertad. Mientras demos tanta importancia a los valores sensorios, existirán el conflicto, la confusión y el dolor. No hay justificación alguna para matar a otro y cuando predominan los valores sensorios perdemos la inmensa trascendencia del hombre.

La desdicha y la angustia existirán mientras la religión organizada sea parte del estado, sea un instrumento del estado. La religión ayuda a aceptar las fuerzas organizadas como la política del estado y eso contribuye a que haya opresión, ignorancia e intolerancia. ¿Cómo es posible, entonces, que la religión aliada con el estado pueda cumplir su única y verdadera función, la de desvelar y mantener lo eterno? Cuando perdemos y dejamos de buscar la realidad, surgen la división y la lucha entre hombres.

La confusión y la desdicha no pueden eliminarse por el proceso del olvido a través del tiempo, ni por la idea confortable de la evolución que tan sólo genera indolencia, aceptación de la autocomplacencia y ese constante movimiento hacia la catástrofe. No podemos permitir que el curso de nuestras vidas sea dirigido por otros, para otros o en aras del futuro. Cada uno es responsable de su vida, nadie más; cada uno es responsable de su conducta, nadie más; nadie puede transformarnos. Cada uno debe descubrir y experimentar la realidad, porque sólo en eso hay dicha, paz y suprema sabiduría.

Ahora bien, ¿cómo podemos vivir esta experiencia? ¿Cambiando las circunstancias

externas o mediante una transformación interna? El cambio externo implica controlar el medio a través de la legislación, de las reformas socioeconómicas, a través del conocimiento de los hechos y la introducción de diversas mejoras, ya sea por medios violentos o moderados. Pero ¿puede la modificación de las circunstancias externas producir una verdadera transformación interna? ¿No es necesario, primero, esa transformación interna para generar un resultado externo?

Mediante leyes es posible prohibir la ambición porque engendra crueldad, reafirmación personal, competencia y conflicto, pero ¿puede desarraigarse la ambición desde fuera? Si de alguna manera la reprimimos, ¿acaso no volverá a aflorar expresándose de forma distinta? Los motivos internos, el pensamiento, el sentimiento íntimo, ¿no determinan siempre lo externo? Para producir una transformación externa pacífica, ¿no debe darse, primero, un profundo cambio psicológico? ¿Puede algo externo, por placentero que sea, generar una dicha perdurable?

El vehemente anhelo interno siempre modifica lo externo; lo que uno es psicológicamente, así es la sociedad, el Estado, la religión; si uno es lujurioso, envidioso e ignorante,

entonces el entorno será lo que uno es; nosotros creamos el mundo en el que vivimos.

Para generar un cambio radical y pacífico debe producirse una transformación interna, voluntaria e inteligente; ese cambio psicológico, sin duda, no se puede generar a través de la coacción, pero si así sucediera, entonces habría conflicto interno y confusión, que de nuevo precipitaría a la sociedad al desastre. La regeneración interna debe ser voluntaria, inteligente, no obligada. Primero debemos descubrir la realidad, 'lo que es', y, sólo entonces, habrá paz y orden a nuestro alrededor.

Cuando afrontamos el problema de la existencia desde fuera, de inmediato se establece un proceso dual, y en esa dualidad el conflicto es interminable; el conflicto simplemente embota la mente y el corazón. Sin embargo, cuando afrontamos el problema de la existencia desde el interior, no hay división alguna entre lo interno y lo externo, la división cesa porque lo interno es lo externo; el pensador y sus pensamientos son uno, inseparables.

Pero nosotros, ilusoriamente, separamos el pensamiento del pensador e intentamos ocuparnos tan sólo de una parte, cultivamos y modificamos esa parte esperando así

transformar el todo. Cada vez dividimos más y más la parte y, en consecuencia, cada vez hay más conflicto; por eso, no nos debe interesar modificar la parte o el pensamiento, sino el pensador interno. Pero por desgracia, la mayoría de nosotros vivimos en la incertidumbre de lo externo y lo interno; debemos comprenderlo porque de esa incertidumbre nacen el conflicto, la confusión y el dolor, lo que impide que actuemos de forma clara, tanto en lo externo como en lo interno.

Si observamos con toda atención lo externo, percibiendo su pleno significado, esa acción inevitablemente nos conducirá a lo interno; pero lamentablemente nos perdemos en lo externo, porque no somos lo suficientemente flexibles en la investigación de nosotros mismos. A medida que examinamos los valores sensorios que dominan nuestros pensamientos y sentimientos, si nos damos cuenta de ellos sin elección alguna, entonces percibiremos lo interno con claridad. Este descubrimiento trae libertad y dicha creadora, pero nadie puede descubrirlo y experimentarlo por uno. ¿Puede uno saciar su hambre viendo como come otro? A través de la observación de uno mismo se desvelan los valores falsos y, por tanto, se descubre lo eterno. Tan sólo

puede darse ese cambio fundamental interno y externo, cuando el pensamiento y el sentimiento se liberan de los valores sensorios que causan el conflicto y el dolor.

Ojai, California, 17 de junio de 1945

La transformación del Individuo y de la sociedad

El mundo está sumergido en el dolor y la confusión, siempre ha tenido este problema de la lucha y el sufrimiento. Tan sólo nos damos cuenta de este conflicto y dolor cuando nos afecta directamente o cuando está muy cerca de nosotros, como sucede ahora.

Los problemas de la guerra han existido desde siempre, pero a la mayoría de nosotros no nos interesan porque han sucedido muy lejos y no hemos padecido en lo personal sus desastrosas consecuencias; sin embargo, en estos momentos la guerra está a nuestras puertas y parece dominar la mente de casi toda la gente.

No contestaré ahora las preguntas que de forma inevitable surgen cuando uno se interesa en los problemas inmediatos de la guerra, de la actitud y la acción que uno debe asumir, etc.; sino, más bien, juntos vamos a considerar un problema mucho más profundo, porque la guerra es solamente una expresión externa de la confusión, de la lucha interna del odio y del antagonismo.

El problema que debemos discutir, siempre actual, es el del individuo y su rela-

ción con otro, lo cual es la sociedad. Si podemos comprender este problema complejo, entonces, tal vez, seremos capaces de evitar las innumerables causas que finalmente conducen a la guerra. Por más cruel y morbosa que sea, la guerra sólo es un síntoma, e intentar resolver la manifestación externa sin tener en cuenta las causas profundas, es inútil y no tiene sentido alguno. No obstante, si hay un cambio fundamental en las causas, quizás, sea posible tener esa paz que ninguna circunstancia externa pueda destruir.

La mayoría de nosotros tendemos a pensar que por medio de leyes, de la simple organización, del liderazgo, pueden resolverse los problemas de la guerra y de la paz, así como otros problemas humanos. Debido a que, individualmente, no queremos ser responsables de este desorden interno y externo en nuestras vidas, acudimos a grupos, a las autoridades y a la acción de masas.

Por medio de estos métodos externos es posible tener cierta paz momentánea, pero tan sólo cuando el individuo se comprende a sí mismo y su relación con los demás, lo cual constituye la sociedad, puede surgir la paz permanente y duradera. La paz es interna y no externa; sólo puede haber paz y felicidad en el

mundo cuando el individuo, que es el mundo, finalmente decide cambiar las causas que desde su interior generan confusión, sufrimiento, odio, etc. Me gustaría investigar estas causas y ver si es posible realmente eliminarlas para siempre.

El mundo que nos rodea está en constante movimiento y cambio; siempre con la presencia del sufrimiento y el dolor. Con independencia de cualquier circunstancia, ¿puede haber paz y felicidad duradera en medio de este incesante movimiento y conflicto? Sin duda, es posible descubrir esa paz y felicidad, independientemente de cualquier circunstancia que el individuo se encuentre.

Durante estas pláticas trataré de exponer la manera de experimentar eso en nosotros mismos y así liberar el pensamiento de sus propias limitaciones auto-impuestas. Sin embargo, cada uno debe vivirlo con intensidad, debe experimentarlo y no vivir de simples acciones y frases superficiales. Este experimentar con intensidad debe empezar en nosotros mismos, en cada uno de nosotros, y no tiene ningún sentido modificar las simples condiciones externas si no hay un profundo cambio interno. Sin duda, lo que el individuo es, eso es la sociedad; la sociedad es la relación

que tiene uno con otro, esa es la estructura de la sociedad.

No podemos crear una sociedad pacífica, inteligente, si el individuo es intolerante, cruel y competidor. Si el individuo no tiene bondad, afecto y sensatez en su relación con otro, es inevitable que genere conflicto, antagonismo y confusión. La sociedad es una extensión del individuo; la sociedad es una proyección de nosotros mismos. Hasta que comprendamos eso, hasta que nos comprendamos a nosotros mismos en lo profundo y cambiemos radicalmente, la simple modificación de lo externo no traerá paz en el mundo, ni traerá esa tranquilidad tan necesaria para que la relación social sea feliz.

Así pues, no pensemos sólo en cambiar el medio; eso, inevitablemente, sucederá si toda nuestra atención está enfocada en la transformación individual, en cada uno de nosotros y en nuestra relación con otro. ¿Cómo puede haber fraternidad en el mundo si somos intolerantes, si odiamos, si somos codiciosos? Es algo obvio, ¿verdad? Si cada uno de nosotros se siente impulsado por esa ambición que nos consume, si luchamos para tener éxito, si buscamos la felicidad en las cosas, sin lugar a dudas crearemos una socie-

dad caótica, cruel y destructiva. Si todos los que estamos aquí comprendemos y estamos realmente de acuerdo en este punto, de que el mundo es lo que nosotros somos y lo que somos es el mundo, entonces podemos empezar a pensar cómo producir ese cambio tan necesario en nosotros.

Mientras no estemos de acuerdo en este punto crucial y sólo miremos hacia el entorno para obtener paz y felicidad, dándole esa enorme importancia que no tiene, porque nosotros hemos creado ese entorno, seguirá existiendo esa prisión insoportable a menos que haya un cambio radical en nosotros mismos. Nos aferramos al entorno esperando encontrar seguridad y una continuidad de la propia identificación, en consecuencia, generamos una resistencia al cambio de pensamientos y valores. La vida está en movimiento constante y, por eso, aparece el conflicto entre el deseo, que siempre es estático, y la realidad que no tiene morada.

El hombre es la medida de todas las cosas y cuando su visión está distorsionada, entonces lo que piensa y hace debe, sin duda, conducir al desastre y al sufrimiento. Dependiendo de lo que él piensa y siente, el individuo establece la sociedad.

Personalmente, creo que yo soy el mundo, que mis acciones generan paz o sufrimiento en el mundo que soy yo mismo, y mientras no me comprenda no puedo aportar paz al mundo; por tanto, mi interés inmediato soy yo mismo, no de forma egoísta ni con el intento de cambiar lo que soy para conseguir más felicidad, más sensaciones, más éxito, sino porque a menos que me comprenda a mí mismo viviré en el dolor y el sufrimiento, no podré descubrir la paz y la felicidad eterna.

Para comprendernos, en primer lugar, tenemos que estar interesados en descubrir lo que somos, ser conscientes de nuestro propio proceso de pensar y sentir. ¿En qué se interesan mayormente nuestros pensamientos y sentimientos? Sin lugar a dudas, se interesan en las cosas, en las gentes y en las ideas. Estas son las cuestiones que fundamentalmente nos interesan: las cosas, las gentes y las ideas. Ahora bien, ¿por qué las cosas se han convertido en algo tan importante en nuestras vidas? ¿Por qué las cosas, la propiedad, las casas, los vestidos, etc., ocupan un lugar tan dominante en nuestras vidas? ¿Se debe a que simplemente las necesitamos o bien dependemos de ellas para nuestra felicidad psicológica?

Todos necesitamos ropa, alimento y

albergue; es obvio, pero ¿por qué se han convertido en algo tan importante y significativo? Le damos a las cosas un valor y un significado desproporcionados, porque psicológicamente dependemos de ellas para nuestro bienestar; alimentan nuestra vanidad, nos dan prestigio social y son unos medios para lograr poder. Las utilizamos para conseguir objetivos, lejos del valor que tienen en sí mismas. La necesidad de alimento, ropa y albergue es algo natural, no hay nada malo, pero cuando dependemos de las cosas para nuestra gratificación, para nuestra satisfacción, cuando las cosas llegan a ser necesidades psicológicas, entonces asumen un valor e importancia por completo desproporcionado y, de ahí, surge la lucha, el conflicto por poseerlas y conservar por todos los medios esas cosas de las que dependemos.

Hágase a sí mismo esta pregunta, ¿dependo de las cosas para mi felicidad psicológica y para mi satisfacción? Si con toda seriedad trata de contestar esta pregunta, en apariencia sencilla, descubrirá la complejidad del proceso del pensamiento y sentimiento. Si las cosas sólo son una necesidad física, entonces la inteligencia les pondrá un límite, dejarán de asumir esa importancia tan destructiva que tienen cuando se convierten en

una necesidad psicológica. De esa forma, empezará a comprender la naturaleza de la sensación y de la satisfacción, porque la mente que quiere comprender la verdad debe estar libre de semejantes ataduras.

Para liberar a la mente de la sensación y de la satisfacción, uno debe empezar por las sensaciones que le son más familiares, y establecer ahí la base adecuada para la comprensión. La sensación tiene su lugar y cuando lo comprendemos deja de adoptar esta absurda distorsión que ahora tiene.

Muchos creen que si las cosas en el mundo estuvieran bien organizadas, de forma que todos tuviesen lo suficiente, entonces sería un mundo feliz y pacífico; pero mucho me temo que no sería así, a menos que cada uno comprenda el verdadero significado de las cosas. Dependemos de ellas porque internamente somos pobres y ocultamos esa pobreza del ser con cosas; estas acumulaciones externas, estas posesiones superficiales, se vuelven tan tremendamente importantes que estamos dispuestos a mentir, a estafar, a luchar y a destruirnos unos a otros. Las cosas se han convertido en un medio para tener poder y gloria, pero sin comprender la naturaleza de esta pobreza interna del ser, el simple cambiar de

organización para una distribución equitativa de las cosas, por más necesario que sea, seguirá creando otros medios y formas de obtener poder y gloria.

La mayoría estamos interesados en las cosas; sin embargo, para comprender la justa relación con ellas hace falta inteligencia, que no es ascetismo ni afán adquisitivo, no es renuncia ni acumulación, sino la libertad e inteligencia de darse cuenta de las necesidades sin depender o aferrarse a ellas. Cuando eso se comprende, no existe el sufrimiento de desprenderse ni el dolor de la lucha competitiva. ¿Puede uno de forma crítica examinar y comprender la diferencia entre las propias necesidades y la dependencia psicológica de las cosas? No es posible responder esa pregunta ahora mismo, sólo se puede responder si uno es serio a lo largo de la vida, si el propósito es firme y claro.

Es imprescindible que empecemos a descubrir cuál es nuestra relación con las cosas. Esa relación se basa en la codicia, ¿no es cierto? Ahora bien, ¿cuándo la necesidad se convierte en codicia? ¿No surge la codicia cuando el pensamiento, dándose cuenta de su propio vacío, de su escasa valía, empieza a darle a las cosas una importancia mayor que

su propio valor real y, en consecuencia, crea una dependencia de ellas? Esta dependencia puede generar cierta cohesión social, pero siempre traerá conflicto, dolor y fragmentación.

Nuestro pensamiento tiene que funcionar de forma clara, y podemos hacerlo si en la vida cotidiana nos damos cuenta de la codicia y de sus aterradores resultados. Este darse cuenta de la necesidad y de la codicia, nos ayudará a establecer las bases del recto pensar. La codicia, en cualquiera de sus formas, siempre es causa de antagonismo, del despiadado odio entre naciones y de la crueldad sutil.

Si no comprendemos la codicia y no la afrontamos, ¿cómo podemos comprender la realidad que trasciende todas estas formas de lucha y sufrimiento? Debemos empezar por nosotros mismos, por nuestra relación con las cosas y la gente. Primero ver las cosas, porque eso es lo que interesa a la mayoría y tiene una tremenda importancia para nosotros. Las guerras se deben a las cosas, y nuestros valores sociales y morales se basan en cosas. Sin entender el complejo proceso de la codicia no es posible comprender la realidad.

Ojai, California, 26 de mayo de 1940

* * * * *

Para todos aquellos que hoy han venido por primera vez, brevemente expondré lo que hablamos el pasado domingo. Y para los que estáis siguiendo estas charlas con toda seriedad, no debéis impacientaros porque estamos tratando de pintar con palabras un cuadro de la vida lo más completo posible. Debemos comprender todo el cuadro, toda la actitud hacia la vida y no meramente una parte.

La semana pasada, decía que no puede haber paz o felicidad en el mundo a menos que nosotros, como individuos, cultivemos la sabiduría que aporta serenidad. Muchos creen que sin tener en cuenta su propia naturaleza interna, sin tener claridad al actuar, sin la propia comprensión creadora, con el simple cambiar las condiciones externas pueden producir paz en el mundo. Es decir, esperan que haya fraternidad en el mundo mientras internamente están atormentados por el odio, por la envidia, por la ambición, etc. Pero no podemos tener paz a menos que el individuo, que es el mundo, genere un cambio radical dentro de sí mismo, lo cual es obvio para todos los que piensan profundamente.

Después de siglos predicando la bondad, la fraternidad y el amor, vemos a nuestro alrededor un inmenso caos y crueldad; con facilidad quedamos atrapados en el torbellino del odio o del antagonismo, y creemos que cambiando los síntomas externos tendremos la unidad humana. La paz no es algo que pueda añadirse desde el exterior, tan sólo puede venir del interior; pero esto requiere gran seriedad y dedicación, no hacia un único objetivo, sino que se trata de comprender el complejo problema del vivir.

Voy a tomar la codicia que es una de las causas principales de conflicto en nosotros mismos y, por consiguiente, en el mundo, con su temor, con su anhelo de poder y opresión, tanto social, intelectual como emocionalmente. Trataremos de diferenciar las necesidades básicas de la codicia. Los alimentos, la ropa y el albergue son indispensables, pero esa necesidad se convierte en codicia, en una demanda psicológica que nos domina en la vida, y debido al ansia de poder, de prestigio social, etc., le damos a las cosas un valor desproporcionado. Mientras no eliminemos de nuestra conciencia esta causa fundamental de conflicto o confusión, el buscar sólo la paz es inútil. Aunque las leyes puedan aportar cierto orden superficial,

el ansia de poder, de éxito, etc., seguirá desestabilizando el vínculo que mantiene unida la sociedad y destruirá el orden social. Para tener paz dentro de nosotros y, por tanto, en la sociedad, debemos comprender esta confusión interna de la conciencia generada por el ansia; comprender significa actuar.

Muchos se dan cuenta que la causa del conflicto en el mundo es la codicia, es la reafirmación individual obteniendo poder y dominio por medio de la propiedad, de manera que proponen impedir que los individuos controlen el poder, y pretenden conseguirlo por medio de una revolución, de que el Estado controle la propiedad, siendo el Estado unos pocos individuos que tendrán en sus manos las riendas del poder. Sin embargo, por medio de las leyes no es posible eliminar la codicia, podemos eliminar una de sus formas por la coacción, pero, sin duda, surgirá otra forma de codicia que de nuevo creará caos social.

Después están los que creen que es posible eliminar la codicia o el ansia por medio de ideales intelectuales o emocionales, por dogmas y credos religiosos; de nuevo eso es imposible porque la imitación, las ceremonias o la adoración, no eliminan la codicia; ni el evadirse de uno mismo es una solución final

que remedie el conflicto de la codicia. Las religiones han ofrecido una compensación a cambio de la codicia, pero en realidad no es una compensación. Perseguir alguna compensación es traspasar a otro nivel, a otro plano, la causa del conflicto que es la codicia, el ansia, pero la confusión y el dolor seguirán presentes.

Los individuos están obsesionados con el deseo de crear un orden social o una relación humana amistosa por medio de leyes, y conseguir esa realidad que prometen las religiones como compensación a la renuncia de la codicia. Pero, como señalé, la codicia no puede eliminarse mediante leyes ni ningún tipo de compensación.

Para afrontar el problema de la codicia de una forma nueva, debemos ser plenamente conscientes de la falacia de ir en contra de la codicia mediante la simple legislación social o esa actitud religiosa compensatoria que hemos cultivado. Si uno deja de buscar alguna compensación religiosa que sustituya la codicia, o deja de obsesionarse con la falsa esperanza de que las leyes lo solucionarán, entonces empezará a descubrir una forma diferente de eliminar por completo ese ansia; pero eso requiere una seriedad constante, sin emotividad, sin los

engaños del astuto intelecto.

Todo ser humano necesita alimento, ropa y albergue; sin embargo ¿por qué esa necesidad se ha convertido en un problema tan complejo y doloroso? ¿No es porque utilizamos las cosas para propósitos psicológicos en lugar de simples necesidades básicas?

La codicia es una exigencia interna de satisfacción, de placer, y utilizamos las necesidades como un medio para lograrlo, con lo cual les damos a las cosas un valor y una importancia mucho mayor de la que tienen. Si uno utiliza las cosas que necesita sin involucrarse psicológicamente en ellas, puede establecer una limitación a esas necesidades que nada tenga que ver con la mera gratificación.

Depender psicológicamente de las cosas se convierte en desdicha y conflicto social. Al ser pobre interna, psicológica y espiritualmente, uno piensa en enriquecerse por medio de posesiones, con lo cual aumenta la complejidad de las exigencias internas y los problemas. Si no se resuelve por completo la pobreza psicológica del ser, las simples leyes sociales o el ascetismo no pueden solucionar el problema de la codicia y del ansia de poseer. ¿Cómo podemos solucionarlo de forma total, no sólo en su expresión externa o periférica?

¿Es posible liberar el pensamiento del anhelo? Nos damos cuenta de la causa de la codicia: el deseo de satisfacción, de gratificación, pero ¿es posible eliminar la codicia? ¿Ejercitando la voluntad lo conseguiremos? En ese caso, ¿qué clase de voluntad? ¿La voluntad de lograr, de reprimir, de renunciar? De modo que tenemos la siguiente dificultad, si uno es codicioso, avaro, mundano, ¿cómo desenredar el pensamiento de la codicia?

Debido a que el pensamiento es ahora un producto de la codicia y, por tanto, es transitorio, no puede comprender lo eterno. Lo que es capaz de comprender lo inmortal también debe ser inmortal. Lo efímero sólo puede comprenderse a través de lo transitorio. Es decir, el pensamiento que surge de la codicia es efímero y todo lo que crea debe ser igualmente transitorio; mientras la mente esté aprisionada dentro de lo efímero, dentro del círculo de la codicia, no puede trascender ni superarse a sí misma. En su esfuerzo por superarse crea posteriores resistencias y se enreda más y más en ellas.

¿Cómo puede eliminarse la codicia sin crear conflictos posteriores, si el conflicto está siempre dentro del campo del deseo, el cual es transitorio? Uno puede superar la codicia

mediante el simple ejercicio de la voluntad o el rechazo, pero eso no conduce a la comprensión, al amor, porque esa voluntad es producto del conflicto y, por tanto, no puede liberarse a sí misma de la codicia.

Reconocemos que somos codiciosos, sentimos satisfacción en poseer, en llenar y expandir nuestro ser. Ahora bien, ¿por qué necesitamos luchar contra eso? Si realmente uno está satisfecho con esa expansión, entonces no hay ningún problema consciente. Pero ¿puede la satisfacción ser completa, no está siempre cambiando, anhelando una gratificación tras otra?

Así pues, el pensamiento se enreda en su propia red de ignorancia y sufrimiento. Vemos que estamos atrapados en la codicia y también nos damos cuenta, al menos intelectualmente, de la consecuencia de la codicia. ¿Cómo puede, entonces, el pensamiento liberarse de sus propios anhelos que él mismo ha creado? Tan sólo puede hacerlo si está en un estado de constante atención y comprendiendo el proceso de la codicia en sí mismo.

La comprensión no surge por el simple ejercitar de una parte de la voluntad, sino viviendo esa experiencia directa que tiene la peculiar cualidad de lo total. Esa experiencia

de vivir está en nuestras acciones cotidianas; al estar muy atentos al proceso del anhelo y la gratificación, surge ese vivir completo de la vida, y ese interés no es una consecuencia de elegir, sino lo total.

Si uno está atento, observará con toda claridad el proceso del anhelo; se dará cuenta de que al observarlo aparece el deseo de elegir, el deseo de racionalizar, pero este deseo es aún parte del anhelo. Tiene que estar muy atento y ser consciente de la sutileza del anhelo; si lo experimenta, de ahí surge la comprensión total y eso es lo único que de forma radical libera al pensamiento del anhelo. Si está atento de esa manera, surge una clase diferente de voluntad o comprensión, que no es la voluntad del conflicto o de la renuncia, sino de lo total, de lo completo que es lo sagrado. Esa comprensión viene al encarar la realidad, lo cual no es el producto de la voluntad del logro, de la voluntad del anhelo y del conflicto. La paz surge de esa totalidad, de esa comprensión.

Ojai, California, 2 de junio de 1940

La dificultad de la convivencia humana

En las últimas tres charlas hemos tratado de explicar la forma de afrontar el problema de la codicia que no consiste en una renuncia o control, sino en comprender el proceso de la codicia, porque es lo único que puede traer una libertad perdurable. Mientras dependamos de las cosas para la satisfacción propia y enriquecimiento psicológico, la codicia seguirá creando conflicto y desorden social e individual. Tan sólo la comprensión nos liberará de la codicia y del anhelo, que tanto estrago han creado en el mundo.

Ahora vamos a considerar el problema de la relación entre unos y otros. Si comprendemos la causa de fricción entre nosotros y, por tanto, con la sociedad, esa comprensión nos ayudará a liberarnos del afán posesivo. La relación actual se basa en la dependencia, es decir, uno depende de otro para su satisfacción psicológica, su felicidad y bienestar. Por lo general, no somos conscientes de eso, pero si lo somos, fingimos que no dependemos de otro o tratamos artificialmente de deshacernos de esa dependencia. De manera que ahora trataremos e investigaremos de nuevo este problema.

Actualmente, la relación para la mayoría de nosotros se basa en la dependencia, sea económica o psicológica. Esa dependencia crea temor, engendra en nosotros el afán posesivo, comporta fricción, suspicacia y frustración. El depender de otro económicamente puede, tal vez, solucionarse por medio de leyes y de una organización eficiente, pero me refiero, en especial, a la dependencia psicológica de otro, que surge del anhelo de satisfacción personal, de felicidad, etc.

En esa relación posesiva uno tiene la sensación de enriquecerse, de ser creativo y estar activo; siente que el otro incrementa esa pequeña llama del propio ser y, en consecuencia, uno no quiere perder esa fuente de plenitud, teme perder al otro, y así es como surgen los temores posesivos con todos los problemas resultantes. De manera que en esa relación de dependencia psicológica siempre hay, consciente o inconscientemente, temor y recelo, que a menudo se ocultan bajo palabras agradables. Nuestra reacción ante este temor nos conduce siempre a buscar seguridad y enriquecimiento a través de diversos canales o nos aislamos en ideas e ideales o bien buscamos sustitutos que nos satisfagan.

A pesar de que uno tiene esa dependencia del otro, existe no obstante el deseo de ser íntegro, único. La dificultad del problema de la relación está en cómo amar sin depender, sin que haya fricción y conflicto; de cómo superar el deseo de aislarse, de alejarnos de lo que causa conflicto. Si dependemos de otro, de la sociedad o del medio para ser felices, se convierten en algo imprescindible para nosotros, nos aferramos a ellos y ante cualquier cambio nos oponemos violentamente porque dependemos de ellos para nuestra seguridad y nuestro confort psicológicos.

Aunque intelectualmente vemos que la vida es un proceso de constante movimiento, de mutación, de una necesidad de incesantes cambios, aun así nos aferramos, emocional o sentimentalmente, a esos confortables valores establecidos; por eso hay esta constante lucha entre el cambio y el deseo de permanencia. Y bien, ¿es posible terminar ese conflicto?

La vida no puede existir sin relación, pero hemos convertido esa relación en algo tan angustioso y horrible al basarla en el amor personal y posesivo. ¿Es posible amar y, sin embargo, no poseer? No encontraremos la verdadera respuesta escapando, ni en los ideales o en las creencias, sino comprendiendo las

causas de la dependencia y la necesidad de poseer. Si podemos comprender por completo ese problema de la relación entre yo mismo y el otro, quizá, entonces, comprenderemos y resolveremos los problemas de nuestra relación con la sociedad, porque la sociedad es una extensión de nosotros mismos.

Las generaciones pasadas han establecido ese medio que llamamos sociedad y nosotros lo aceptamos porque nos ayuda a mantener nuestra codicia, nuestra ilusión y afán posesivo, pero en la ilusión nunca puede haber unidad ni paz. La mera unidad económica producida mediante la coacción y la legislación, no puede evitar las guerras. Mientras no comprendamos la interrelación de unos con otros, no tendremos una sociedad pacífica.

Debido a que nuestra relación se basa en el amor posesivo, tenemos que observar con mucho detenimiento en nosotros mismos de dónde surge, sus causas y acciones. Si somos plenamente conscientes del proceso de posesividad con su violencia, sus temores y reacciones, viene una comprensión que es total y completa. Tan sólo esa comprensión libera al pensamiento de la dependencia y del afán posesivo; únicamente dentro de uno

mismo es posible encontrar la armonía en la relación, no en los demás ni en el medio.

La causa principal de fricción en la relación es uno mismo, es ese "yo" que es el centro donde confluyen los anhelos. Si podemos de verdad darnos cuenta de que la actuación del otro no es lo más importante, sino cómo actuamos y reaccionamos cada uno de nosotros, si realmente podemos comprender con toda su profundidad esas acciones y reacciones, entonces la relación experimentará un cambio radical y profundo.

En la relación de unos con otros no sólo existe el problema físico, sino también el problema del pensamiento y el sentimiento en todos los niveles; y sólo es posible estar en armonía con otro cuando uno mismo está en completa armonía. Lo importante en la relación no es estar pendiente del otro sino de uno mismo, lo cual no significa que uno deba aislarse, sino comprender la causa profunda del conflicto y el dolor. Mientras dependamos de otro para nuestro bienestar psicológico, intelectual o emocional, esa dependencia tiene, sin duda, que crear temor del cual surge el sufrimiento.

Para comprender la complejidad de la interrelación, debemos tener paciencia reflexi-

va y ser sinceros en nuestro propósito. La relación es un proceso de autorrevelación en el que uno descubre las causas ocultas del sufrimiento. Esta autorrevelación sólo es posible en la convivencia.

Pongo énfasis en la relación porque si entendemos de verdad su complejidad, empezaremos a comprender, y esa comprensión trascenderá la razón y la emoción. Si tan sólo basamos nuestra comprensión en la razón, eso produce aislamiento, orgullo y falta de amor; o si basamos nuestra comprensión únicamente en la emoción, ahí no hay profundidad, sólo se trata de sentimentalismo que pronto se esfuma y no de amor.

Tan sólo de esa comprensión puede surgir la acción completa; esa comprensión es impersonal y no puede destruirse, ha dejado de pertenecer al tiempo. Si no podemos comprender los problemas diarios de la codicia y de la relación, buscar esa comprensión y el amor en otras esferas de la conciencia es vivir en la ignorancia y la ilusión. El simple cultivar la bondad y la generosidad sin comprender todo el proceso de la codicia perpetúa la ignorancia y la crueldad; sin comprender por completo la relación, el mero cultivar la compasión y el perdón es el inicio del propio aislamiento

y complacernos en las sutiles formas del orgullo.

Con la comprensión total del anhelo viene la compasión y el perdón, pero si cultivamos la virtud eso no es virtud. Para comprender se necesita constante atención y darse cuenta, una tenacidad flexible; el simple control con su particular técnica tiene sus peligros, porque es parcial, incompleto y, por tanto, superficial. El verdadero interés genera su propia dedicación natural y espontánea, en la cual florece la comprensión. La observación despierta ese interés, al cuestionar las acciones y reacciones de la existencia cotidiana.

Para captar el complejo problema de la vida con sus conflictos y sufrimientos, uno debe generar esa comprensión completa; y eso sólo puede darse si comprendemos en profundidad el proceso del anhelo, que actualmente es el motor central de nuestra vida.

Ojai, California, 16 de junio de 1940

Los problemas psicológicos

Interlocutor: ¿Cómo puede uno liberarse de un problema agobiante?

Krishnamurti: Para comprender cualquier problema es preciso prestarle toda nuestra atención. Tanto la mente consciente como la inconsciente o interna, tienen que participar en la solución de los problemas; sin embargo y por desgracia, casi todos nosotros tratamos de resolverlos de un modo superficial, es decir, sólo con esa pequeña parte que llamamos la "mente consciente", el intelecto. Ahora bien, nuestra conciencia, nuestro pensar y sentir, es como un iceberg cuyo mayor volumen se encuentra bajo la superficie y tan sólo una parte emerge sobre el agua.

Conocemos esa capa superficial de la conciencia, pero es un conocimiento confuso, la parte más grande, la profunda, la interna, apenas somos conscientes de ella, o si nos damos cuenta es porque se vuelve consciente a través de los sueños, de insinuaciones ocasionales. Sean unas u otras, las traducimos e interpretamos de acuerdo con nuestros prejuicios y nuestras siempre limitadas capacidades intelectuales, de tal manera que esas insinuaciones pierden su verdadero y profundo significado.

Si deseamos realmente comprender nuestros problemas, primero debemos aclarar la confusión en la mente consciente o superficial, pensando e investigando el problema de la manera más amplia, inteligente, comprensiva y menos apasionada que sea posible. Entonces, en este espacio libre de la conciencia, disponible y activo, la mente profunda puede aflorar. Cuando se han desvelado y asimilado los contenidos de las numerosas capas de la conciencia, únicamente entonces el problema desaparece.

Tomemos un ejemplo. Casi todos hemos sido educados en el espíritu nacionalista; nos educaron a amar nuestro país en oposición a otro, a considerar nuestro pueblo como superior a otro, etc. Desde la infancia nos inculcan esa superioridad u orgullo, y nosotros lo aceptamos, lo justificamos, forma parte de nuestra vida, y con esa fina capa que llamamos la mente consciente tratamos de comprender el problema y su significado más profundo. Lo aceptamos, en primer lugar, porque el medio y las influencias nos condicionan para que aceptemos eso.

Este espíritu nacionalista alimenta también nuestra vanidad, la reafirmación de que pertenecemos a esta o aquella raza o

nación alimenta nuestros pequeños, mezquinos y pobres egos, hinchándolos como las velas desplegadas de los barcos, y, en consecuencia, estamos dispuestos a defender, a matar o a que nos mutilen en nombre de nuestro país, raza o ideología. Al identificarnos con algo que consideramos muy importante, esperamos llegar a ser también importantes, pero seguimos siendo igual de pobres, lo único que sobresale como grande y poderosa es la etiqueta.

Este espíritu nacionalista se utiliza para fines económicos y también, mediante el odio y el miedo, para unir a un pueblo en contra de otro. De ese modo, cuando observamos este problema y todas sus consecuencias, nos damos cuenta de sus efectos: guerra, desdicha, hambre y confusión. Al rendir culto a la parte, lo cual es idolatría, negamos el todo y, como consecuencia de negar la unidad humana, generamos interminables guerras y crueldad, divisiones sociales y económicas, toda clase de tiranías.

Todo esto lo entendemos intelectualmente, con esa fina capa mental que llamamos "mente consciente", pero seguimos atrapados en la tradición, en la opinión pública, en la conveniencia, en el temor, etc. Hasta que las capas

profundas de la mente no salgan a luz y se comprendan, no estaremos libres de la enfermedad del nacionalismo y del patriotismo.

Así pues, al examinar este problema hemos aclarado la capa superficial de la mente consciente, y ahora las capas más profundas pueden aflorar. Ese fluir de las capas profundas se intensifica en la medida que la atención es constante, se observa cada respuesta, cada estímulo de nacionalismo o cualquier otro obstáculo. Cada reacción, por pequeña que sea, tiene que ser reflexionada y captada en toda su amplitud y profundidad.

De manera que pronto veremos como el problema termina y el espíritu nacionalista se desvanece. Así es como podemos comprender y disolver todos nuestros conflictos y desdichas, aclarando la fina capa de la mente consciente, investigando y examinando el problema tan minuciosamente como sea posible. En esta claridad, en esta quietud relativa, pueden aflorar los motivos ocultos, las intenciones, los temores, etc., y a medida que surgen, pueden ser examinados, estudiados y, por tanto, comprendidos. De ese modo, el obstáculo, el conflicto y el sufrimiento, al comprenderlos, desaparecen.

Ojai, California, 21 de Mayo de 1944

* * * * *

Interlocutor: ¿Lo que usted enseña es simplemente una forma más de psicología?

Krishnamurti: ¿Qué entendemos por psicología? ¿No significa el estudio de la mente humana, de uno mismo? Si no comprendemos nuestra forma de ser, nuestra propia psiquis, nuestro pensamiento y sentimiento, ¿cómo podemos comprender el resto de cosas? ¿Cómo puede saber si lo que piensa es verdadero, si no se conoce a sí mismo? Sin conocerse a sí mismo no conocerá la realidad.

La psicología no es un fin en sí misma, es tan sólo un principio. Al estudiarse a uno mismo se establecen los verdaderos cimientos para la estructura de la realidad. Debemos tener esos cimientos, aunque no son un fin en sí mismos, ni lo es la estructura; pero si uno no establece los verdaderos cimientos, aparecerán la ignorancia, la ilusión y la superstición, tal como existen en la actualidad. Uno debe establecer los verdaderos cimientos con medios correctos, no es posible acceder a lo verdadero por medios incorrectos.

Estudiarse a sí mismo es una tarea sumamente difícil, pero sin conocimiento pro-

pio y recto pensar, no es posible comprender la realidad suprema. Si no somos conscientes y, por tanto, no comprendemos la propia contradicción, la confusión y las diferentes capas de la conciencia ¿sobre qué base construiremos? Sin conocimiento propio, todo lo que edifiquemos, las soluciones, las creencias y esperanzas tendrán muy poco valor. Para comprenderse a uno mismo hace falta imparcialidad y delicadeza, perseverancia e intensidad; no dogmatismo, afirmaciones, negaciones ni comparaciones, que conducen al dualismo y a la confusión.

Cada uno debe ser su propio psicólogo, debe observarse a sí mismo porque en uno mismo está todo el conocimiento y sabiduría. Nadie puede ser un experto acerca de otro, cada uno debe descubrirse a sí mismo y, por tanto, liberarse de sí mismo; nadie puede ayudarnos a liberarnos de nuestra propia ignorancia y sufrimiento; cada uno crea su propio sufrimiento y no hay otro salvador que uno mismo.

Ojai, California, 28 de mayo de 1944

* * * * *

Interlocutor: ¿Cuál es la fuente del deseo?

Krishnamurti: Percepción, contacto, sensación, querer poseer y la identificación dan origen al deseo. La fuente del deseo es la sensación, tanto en sus expresiones más bajas como en las más altas. Cuanto mayor es la demanda de satisfacción sensual, tanto mayor es la superficialidad que busca su propia continuidad en el más allá. Debido a que la existencia es sensación, debemos comprenderla y no ser sus esclavos, de ese modo liberaremos el pensamiento para que sólo exista pura atención. El deseo de satisfacción produce, a cualquier precio, los medios para conseguir satisfacción. Esa demanda, ese anhelo, debe ser observado, estudiado, inteligentemente comprendido y trascendido. Ser un esclavo del anhelo es ser ignorante, y tiene como resultado final el sufrimiento.

Ojai, California, 18 de junio de 1944.

* * * * *

Interlocutor: Durante muchos, muchos años, he luchado con un problema personal y todavía estoy luchando, ¿qué debo hacer?

Krishnamurti: ¿Qué debemos hacer para comprender un problema? Para comprender, la mente y el corazón deben soltar sus propias acumulaciones, de manera que sean capaces de percibir directamente. Si uno quiere comprender una pintura moderna, tiene que dejar, si es posible, los conocimientos clásicos, los prejuicios y las respuestas habituales. De manera similar, si deseamos comprender un problema psicológico complejo, debemos ser capaces de examinarlo sin ningún prejuicio a favor o en contra; debemos ser capaces de afrontarlo con objetividad y de forma espontánea.

El interlocutor dice que durante muchos años ha estado luchando con su problema. En esa lucha ha acumulado lo que él llama experiencia, conocimiento, y con esta carga en aumento trata de resolver el problema. De ese modo nunca está frente a frente con el problema, de manera directa y nueva, sino que lo afronta siempre con la acumula-

ción de los años. Esa acumulación en la memoria es la que afronta el problema, por tanto, no puede comprenderlo porque el pasado muerto ensombrece el siempre vivo presente.

A la mayoría nos arrastra alguna pasión sin que seamos conscientes, pero si nos damos cuenta, por lo general, la justificamos o la ignoramos. No obstante, si es una pasión que deseamos superar, normalmente luchamos contra ella, tratamos de vencerla o eliminarla. Al intentar vencerla no la comprendemos o al intentar eliminarla no la trascendemos, la pasión sigue presente o toma otra forma que sigue causando conflicto y dolor. Esta constante lucha no aporta comprensión, más bien fortalece el conflicto, recargando la mente-corazón con la acumulación de recuerdos. Pero si podemos investigarla profundamente y ponerle fin, o afrontarla como algo nuevo sin el lastre del ayer, entonces podremos comprenderla; y debido a que la mente y el corazón están alerta y perceptivos, realmente conscientes y en quietud, el problema desaparece.

Si podemos afrontar el problema sin juzgarlo, sin identificarnos, entonces las causas ocultas afloran. Si queremos comprender un problema debemos dejar a un lado nues-

tros deseos, las experiencias acumuladas y las pautas de nuestro pensamiento. La dificultad no está en el problema en sí mismo, sino en la manera cómo lo afrontamos. Las cicatrices de ayer impiden afrontarlo adecuadamente. El condicionamiento interpreta el problema de acuerdo con su propio esquema, por tanto, no hay forma posible de liberar el pensamiento y el sentimiento de la lucha y del dolor del problema. Interpretar el problema no es comprenderlo; para comprenderlo y trascenderlo, debe cesar toda interpretación. Lo que comprendemos de manera plena y completa, no deja ninguna huella como memoria.

Ojai, California, 1 de julio de 1945.

El odio y la violencia

Interlocutor: ¿Cuál debería ser mi actitud hacia la violencia?

Krishnamurti: ¿Termina la violencia con más violencia, termina el odio con más odio? Si me odia y en respuesta yo le odio, si actúa contra mí de un modo violento y yo reacciono de la misma manera, ¿cuál es el resultado? Más violencia, más odio, más amargura, ¿no es cierto? ¿Hay alguna otra consecuencia aparte de esta? El odio engendra odio, el rencor engendra rencor. Con cierta frecuencia, en nuestras relaciones individuales o sociales, ese espíritu de represalia sólo genera más violencia y antagonismo.

El espíritu de venganza anda desenfrenado en el mundo. ¿Es posible tener alguna otra actitud hacia la violencia? La violencia nos hace sentirnos poderosos. Para emplear una frase comercial: "la agresividad produce dividendos mayores y más rápidos". El individuo, debido a que tiene odio dentro de sí mismo, debido a su deseo de venganza y de actuar con violencia, ha creado la actual estructura social.

El mundo que nos rodea está en una actitud convulsiva de odio y violencia, como

consecuencia de su astucia y fuerte reafirmación, y a menos que nos liberemos del odio seremos fácilmente arrastrados por esa corriente cruel. Si uno está libre de odio, entonces no surge la cuestión de cuál es la actitud que debe tener hacia las diferentes expresiones del odio. Si de verdad es consciente del odio en sí mismo y no de sus meras expresiones astutas, se daría cuenta de que el odio sólo engendra más odio. Si siente odio responderá con odio, y como uno mismo es el mundo, es inevitable que reaccione contra los temores, la ignorancia y la codicia del mundo.

Sin duda, también es inevitable odiar o actuar de forma vengativa si su pensamiento está dominado por el "yo". La codicia y el amor posesivo generan rencor, y si el pensamiento no se libera de ellos, seguirá esa acción de odio y violencia constante. Como he señalado, nuestras creencias y esperanzas son el resultado del anhelo, y cuando proyectamos sobre ellas la duda, surgen el resentimiento y el enojo. Si comprendemos el odio, entonces nacen el perdón y la bondad. El amor y la comprensión llegan cuando uno está en ese estado continuo de atención.

Ojai, California, 23 de junio de 1940.

* * * * *

Interlocutor: ¿Cómo puedo liberarme del odio?

Krishnamurti: Se han hecho preguntas similares con relación a la ignorancia, el enojo y los celos. Al responder a esa pregunta, espero responder también a las otras.

Un problema no puede resolverse en su propio nivel, tenemos que comprenderlo y, por tanto, resolverlo desde un nivel diferente y más profundo. Si sólo queremos liberarnos del odio reprimiéndolo o considerándolo como algo molesto y embarazoso, no conseguiremos liberarnos de él, regresará una y otra vez de diferentes maneras, porque lo hemos afrontado desde su propio nivel, limitado y mezquino. Pero si empezamos a comprender sus causas internas y sus efectos externos, y de ese modo permitimos que nuestro pensamiento y sentimiento sean más amplios y profundos, más perceptivos y claros, el odio desaparecerá de forma natural porque estaremos interesados en niveles de pensamientos y sentimientos más profundos y trascendentales.

Si sentimos enojo y logramos reprimirlo, o nos controlamos a nosotros mismos para

que no surja de nuevo, nuestra mente seguirá siendo tan mezquina e insensible como antes. ¿Qué lograremos esforzándonos por no enojarnos si en nuestro pensar y sentir sigue habiendo envidia y miedo, estrechez y limitación? Podemos dejar de sentir odio y enojo, pero si nuestra mente-corazón es necia y mezquina seguirá creando nuevos problemas y antagonismos, por tanto, el conflicto nunca terminará.

Sin embargo, si empezamos a ser conscientes y, en consecuencia, a comprender las causas del enojo y sus consecuencias, sin lugar a dudas ampliaremos y liberaremos nuestro pensar y sentir de la ignorancia y el conflicto. Al ser conscientes, empezaremos a descubrir las causas del enojo o del odio, que en diferentes formas son miedos para protegernos. En ese estado de atención consciente descubrimos que estamos enojados, quizá, porque han sido atacadas nuestras creencias particulares, pero si lo examinamos con más detalle, cuestionaremos si realmente estas creencias y credos son necesarios. Si nos damos cuenta de cómo los dogmas y las ideologías dividen a la gente y generan antagonismo, así como diversas formas de crueldad y absurdas tonterías, nos volveremos más conscientes de su amplio significado.

A medida que ampliamos el ser consciente, a medida que comprendemos su significado interno, el enojo pronto desaparecerá; a través de ese proceso de ser consciente la mente se vuelve más profunda, más sosegada, más sabia, por tanto, las causas del odio y del enojo no encuentran lugar para establecerse. Cuando se libera al pensamiento y al sentimiento del enojo y el odio, de la codicia y del rencor, llega la bondad que es lo único que cura. Esa compasión bondadosa no es el resultado de reprimir ni sustituir, sino la consecuencia del conocimiento propio y del recto pensar.

Ojai, California, 9 de julio de 1944.

Guerra y Paz

Interlocutor: Un hijo mío murió en la guerra y como tengo otro hijo de doce años, no quiero perderlo también en una futura guerra, ¿cómo podemos impedir una nueva guerra?

Krishnamurti: Estoy seguro que cualquier madre o padre de todo el mundo debe hacerse esa misma pregunta; es un problema universal. Me pregunto qué precio estarán dispuestos a pagar los padres para impedir otra guerra, para evitar que maten a sus hijos, para impedir estas espantosas masacres humanas; qué quieren decir exactamente cuando afirman que aman a sus hijos, que deben impedir la guerra, que debe haber fraternidad, que debe encontrarse el modo de terminar con todas las guerras.

Para establecer una nueva forma de vivir, debe haber una nueva y revolucionaria manera de pensar y sentir. Tendremos más guerras, es inevitable que las tengamos, si seguimos pensando en términos de nacionalidades, de prejuicios raciales, de fronteras económicas y sociales. Si considera de verdad y de corazón cómo impedir una nueva guerra, debe descartar su nacionalidad, su particular

religión especializada, su codicia y su ambición. Si no lo hace vendrán más guerras, porque estos prejuicios y el pertenecer a religiones especializadas son simples expresiones externas de la ignorancia, del egoísmo, del rencor y la lujuria.

Seguramente responderán que necesitan mucho tiempo para cambiar y también para convencer a los demás de esa necesidad; que la sociedad no está preparada para afrontar ese reto; que los políticos no se interesan en eso; que los gobernantes son incapaces de concebir un gobierno o Estado mundial sin soberanías separadas; posiblemente digan que se necesita un proceso evolutivo que gradualmente produzca este cambio necesario. Si esa fuera la respuesta que le dan a un padre cuyo hijo morirá en la próxima guerra, y si el padre quisiera realmente a su hijo, ¿creen que encontraría alguna esperanza en este proceso evolutivo gradual? Lo que el padre quiere es salvar a su hijo y, por eso, pregunta cuál es el modo más eficaz de terminar con todas las guerras, por tanto, no quedará satisfecho con esa respuesta teórica de una evolución gradual.

Esta teoría evolucionista de una paz gradual, ¿es verdadera o la hemos inventado para racionalizar nuestra pereza y el egoísmo

de nuestro pensar y sentir? ¿No es una teoría incompleta y, por tanto, falsa? Creemos que debemos pasar por las diferentes etapas: la familia, el grupo, la nación, la sociedad internacional y, únicamente entonces, tendremos paz; pero eso sólo es para justificar nuestro egoísmo, fanatismo, prejuicio y estrechez mental. En vez de erradicar estos peligros, inventamos la teoría del desarrollo progresivo, sacrificando la felicidad de los demás y la propia.

Si dedicamos nuestra mente y corazón a terminar con la enfermedad de la ignorancia y el egoísmo, crearemos un mundo sano y feliz. No debemos pensar y sentir horizontalmente sino verticalmente. Es decir, en vez de seguir la corriente de la pereza, del egoísmo, de la ignorancia del pensar y del sentir gradual, del lento proceso a través del tiempo para tener claridad, de seguir esta corriente de constante conflicto y desdicha, de asesinatos en masa y de ciertas treguas llamadas "paz", con la idea final de tener un paraíso en la Tierra, en vez de pensar y sentir a lo largo de estas corrientes horizontales, ¿podemos dejar de pensar y sentir horizontalmente? ¿Podemos pensar y sentir verticalmente? ¿Es posible salirse de esa continuidad horizontal

de confusión y lucha, para pensar y sentir de forma diferente, nueva, vertical, sin intervención del tiempo?

Si dejamos de pensar en términos de evolución, lo cual ayuda a racionalizar la pereza y el posponer, ¿podemos pensar y sentir de forma directa y simple? A través de su amor, una madre piensa y siente de forma directa y simple, pero su egoísmo, su orgullo nacional, etc., la obligan a pensar y sentir en términos de lo gradual y horizontal.

El presente es lo eterno, ni el pasado ni el futuro pueden revelarlo; sólo a través del presente se manifiesta lo atemporal. Si de verdad quiere salvar a su hijo y, por tanto, a la humanidad de otra guerra, entonces tiene que pagar el coste que eso tiene: dejar de ser codicioso, de tener rencor y de ser mundana, porque la lujuria, el rencor y la ignorancia generan conflicto y antagonismo, alimentan el nacionalismo, el orgullo y la tiranía de la máquina.

Tan sólo si está dispuesta a liberarse de la lujuria, del rencor y de la ignorancia, salvará a su hijo de una guerra. Para que haya felicidad en el mundo, para terminar con el asesinato en masa, tiene que haber una completa revolución interna del pensar y del sentir, la

cual generará una nueva moralidad, una moralidad que no esté basada en las sensaciones, sino en la liberación de lo sensual, de lo mundano y del ansia de inmortalidad individual.

Ojai, California, 2 de julio de 1944

* * * * *

Interlocutor: Tenía un hijo que murió en esta guerra. No quería morir, quería vivir para impedir que ese horror volviera a repetirse. ¿Es culpa mía que haya muerto?

Krishnamurti: Todos tenemos la culpa de que el horror actual continúe, porque es el resultado externo de nuestra vida interna cotidiana de codicia, de rencor, de lujuria, de competencia, de afán adquisitivo y de la religión especializada. Es culpa de todos, quienes, satisfechos de ser así, han generado esta espantosa calamidad. Debido a que somos individualistas, nacionalistas, impulsivos, cada uno de nosotros contribuye a ese asesinato en masa.

Se nos enseña a matar y a morir, pero no a vivir. Si de corazón aborrecieran el matar

y la violencia en cualquiera de sus formas, encontrarían el modo de vivir pacífica y creativamente. Si éste fuera el interés principal y fundamental, buscarían las causas, los instintos que engendran la violencia, el odio y los asesinatos en masa. ¿Están de verdad interesados en detener las guerras? Si lo están, entonces deberán erradicar en sí mismo las causas que inducen a la violencia y a matar por la razón que sea. Si quieren terminar con las guerras, deberán producir una profunda revolución interna basada en la tolerancia y en la compasión; de esa manera liberarán el pensar y el sentir patriótico, la identificación con el grupo, la codicia y todas las causas que engendran enemistad.

Una vez una madre me dijo que soltar todas esas cosas no sólo sería extremadamente difícil, sino que también significaba una gran soledad y un completo aislamiento que no podía afrontar. Por consiguiente, ¿no era ella misma responsable de esta indescriptible desdicha? Puede que estén de acuerdo con ella y, así, siguen con la pereza y la indiferencia, añadiendo más leña a la creciente hoguera de la guerra. Si, por el contrario, intentaran seriamente erradicar las causas de la enemistad y la violencia interna, habría paz y dicha en el

corazón, lo cual tendría un efecto inmediato en uno mismo.

Tenemos que reeducarnos para no matar, para no liquidarnos unos a otros por ningún motivo, incluso si el motivo es que la humanidad sea feliz en un futuro, ni por ninguna ideología prometedora, ni tampoco educarnos tan sólo en lo técnico, todo lo cual es inevitable que produzca crueldad, sino más bien contentarnos con poco para ser compasivos y tener la mirada puesta en lo supremo.

Impedir esta creciente destrucción y ese horror depende de cada uno de nosotros y no de una organización, un planteamiento, una ideología, ni de inventar mejores instrumentos para destruir o de algún líder, sino de cada uno de nosotros. No creen que es posible terminar con las guerras siendo de entrada muy humildes y modestos; una piedra puede alterar el curso de un río; si queremos llegar lejos debemos empezar cerca. Para comprender el caos y la desdicha mundial, uno debe comprender su propia confusión y sufrimiento, porque de ahí se amplían los problemas hacia el mundo.

Y para comprendernos a nosotros mismos debemos tener esa constante atención meditativa, la cual sacará a la luz las causas de

la violencia, del odio, de la codicia, de la ambición y, al estudiarlas sin identificarnos, el pensamiento podrá trascenderlas. Nadie puede traernos la paz, no hay líder, no hay sistema que pueda terminar con las guerras, la explotación y la opresión, salvo nosotros mismos. Únicamente la propia amabilidad, la propia compasión y el despertar de la comprensión pueden traer buena voluntad y paz.

Ojai, California, 16 de julio de 1944.

* * * * *

Interlocutor: Estas guerras monstruosas claman por una paz duradera. Todo el mundo ya habla de la Tercera Guerra Mundial, ¿ve usted la posibilidad de evitar esta nueva catástrofe?

Krishnamurti: ¿Cómo podemos evitarla si las causas y los valores que generan la guerra siguen vigentes? Esta última guerra que justo ha terminado, ¿ha producido algún cambio profundo y fundamental en el hombre? El imperialismo y la opresión siguen galopando, tal vez, hábilmente encubiertos; siguen los Estados soberanos independientes; las naciones trabajan para tomar nuevas posi-

ciones de poder; el fuerte sigue oprimiendo al débil; la élite dominante sigue explotando a los dominados; los conflictos sociales y de clases no terminan; los prejuicios y odios corroen por todas partes.

Mientras los sacerdotes profesionales con sus prejuicios organizados justifiquen la intolerancia y el matar a otro por el bien del país y protejan los intereses e ideologías, tendremos guerras. Mientras los valores sensorios predominen sobre lo eterno, tendremos guerras.

Lo que uno es, eso es el mundo. Si es nacionalista, patriótico, agresivo, ambicioso, codicioso, esa es la causa del conflicto y la guerra. Si pertenece a cierta ideología concreta, a cierto prejuicio especializado, aunque le llame religión, esa es la causa real de la lucha y la desdicha. Si está atrapado en los valores sensorios, entonces habrá ignorancia y confusión, porque lo que uno es, eso es el mundo; el problema de uno es el problema del mundo.

Después de la última catástrofe que ha sucedido, ¿alguien ha cambiado en lo fundamental? ¿No sigue cada uno llamándose americano, inglés, hindú, alemán, etc.? ¿No sigue la ambición de estatus y poder, de posesiones y riquezas? El culto religioso se convierte en

hipocresía cuando se cultivan las causas de la guerra; las oraciones conducen a la ilusión si uno permite complacerse en el odio y en lo mundano. Si no se eliminan las causas internas de la enemistad, de la ambición y la codicia, entonces los dioses son dioses falsos que sólo conducen a la infelicidad. Únicamente la buena voluntad y la compasión pueden traer orden y paz en el mundo, y no los programas políticos ni las conferencias.

Deben pagar el precio de la paz, deben pagarlo de forma voluntaria y con dicha; y ese precio consiste en estar libre de la lujuria y del rencor, de lo mundano y de la ignorancia, del prejuicio y del odio. Si ese cambio fundamental se da en cada uno, entonces podrán crear un mundo pacífico y justo. Para tener paz deben ser compasivos y reflexivos; tal vez, no puedan impedir la Tercera Guerra Mundial, pero podrán liberar al corazón y a la mente de la violencia y de las causas que producen enemistad e impiden el amor.

De modo que en este mundo de oscuridad habrá unos pocos que sean puros de corazón y mente; y de esos pocos, quizá, nazca la semilla de la verdadera cultura. Tan sólo puede haber paz y orden si el corazón y la mente son puros en su forma de vivir y actuar.

No se trata de desaparecer y seguir confundido dentro de organizaciones, sino permanecer por completo solo y sencillo. No se trata de evitar la catástrofe, sino más bien de desarraigar en lo profundo de uno las causas que alimentan el antagonismo y la lucha.

Ojai, California, 3 de junio de 1945

Las dificultades socioeconómicas

Interlocutor: Quiero ayudar y servir a la gente, ¿cuál es la mejor forma de hacerlo?

Krishnamurti: La mejor forma de hacerlo es empezar a comprenderse a sí mismo y cambiar. En el deseo de ayudar y servir al prójimo, se encuentra oculta la vanidad y la presunción. Si uno ama, ayuda. El afán de ayudar nace de la vanidad; si quiere ayudar a otro debe conocerse a sí mismo, porque uno es el otro.

En lo externo podemos ser diferentes: amarillos, negros o blancos; pero a todos nos impulsa el anhelo, el miedo, la codicia o la ambición; en lo interno somos muy parecidos. Sin conocimiento propio, ¿cómo puede conocer las necesidades de otro? Sin comprenderse a sí mismo, ¿cómo puede comprender a otro, servir a otro? Sin conocimiento propio actuará desde la ignorancia y, en consecuencia, generará sufrimiento.

Vamos a investigarlo. La industrialización se expande rápidamente por todo el mundo impulsada por la codicia y por la guerra; puede crear puestos de trabajo y alimentar a la gente, pero ¿cuál es el resultado final?

¿Qué le sucede a la gente altamente desarrollada en lo tecnológico? Serán más ricos, tendrán más automóviles, más aviones, más mecanismos ingeniosos, más cines, más y mejores casas, pero ¿qué les sucede como seres humanos? Se vuelven más y más crueles, más mecánicos, y cada vez menos creativos.

La violencia se extiende inexorablemente y el gobierno la organiza. La industrialización puede traer mejores condiciones económicas, pero ¡con qué resultados tan horribles! Barrios pobres, antagonismo entre el que tiene trabajo y el que no lo tiene, entre el dueño y el trabajador, entre capitalismo y comunismo, todo este asunto tan caótico que se expande en diversas áreas del mundo. Decimos que, afortunadamente, así se elevará el nivel de vida, así se erradicará la pobreza, habrá más lugares de trabajo, más libertad, más dignidad, etc.

Sin embargo, la división entre el rico y el pobre, entre el poderoso y el que ambiciona el poder, esa división y conflicto seguirán existiendo. Ahora bien, ¿cómo terminar con todo esto? ¿Qué ha sucedido en Occidente? Guerras, revoluciones, constantes amenazas de destrucción, infinita desesperación. ¿Quién ayuda a quién y quién sirve a quién? Cuando

todo a nuestro alrededor se derrumba, el hombre reflexivo tienen que investigar las causas profundas de por qué eso sucede, pero muy pocos parecen dispuestos a hacerlo.

El hombre al que una bomba le ha destruido su casa, seguro que envidia al hombre primitivo. Están civilizando a los pueblos que llaman "atrasados", ¡pero a qué precio! Puede que estén haciendo un servicio, pero cuáles son las consecuencias, muy pocos se dan cuenta de los efectos profundos de tanto desastre. No es posible eliminar la industria ni prescindir de la aviación, pero es posible erradicar por completo las causas generadas por el mal uso.

Las causas de todo ese horrible mal uso están dentro de cada uno. Podemos erradicarlas a pesar de ser una tarea difícil, pero preferimos olvidarnos de esa tarea e intentamos legalizar o prohibir la guerra; hacemos pactos, asociaciones, buscamos la seguridad internacional y otras cosas por el estilo; no obstante, la codicia y la ambición se sobreponen a las causas, y la guerra y las catástrofes, inevitablemente, prosiguen.

Para ayudar a otro uno debe conocerse a sí mismo; el otro, al igual que uno, es el resultado del pasado, todos estamos relacio-

nados unos con otros. Si uno internamente padece la enfermedad de la ignorancia, del rencor y de la ira, sin duda, extenderá esa enfermedad y esa confusión. Sin embargo, si en lo interno uno es íntegro y sano, difundirá luz y paz; de lo contrario, sólo ayudará a generar mayor caos y desdicha.

Para comprenderse a sí mismo se necesita paciencia y paciente observación; el "yo" es una libro de muchos capítulos que no es posible leer en un solo día, pero una vez se empieza a leer debe leerse cada palabra, cada frase, cada párrafo, porque ahí están las insinuaciones de lo total. El inicio de ese libro es su mismo final; si sabe leerlo, encontrará la suprema sabiduría.

Ojai, California, 11 de junio de 1944

* * * * *

Interlocutor: Como tantos otros orientales, parece que usted esté en contra de la industrialización, ¿por qué?

Krishnamurti: No sé si muchos orientales están contra la industrialización y, si lo están, ignoro cuáles son sus razones; pero creo

que ya he explicado por qué considero que la mera industrialización no soluciona nuestro problema humano, con todos sus conflictos y sufrimientos. La mera industrialización fomenta los valores sensorios, más y mejores cuartos de baño, más y mayores automóviles, distracciones, entretenimiento, etc.

Los valores externos y pasajeros se vuelven más importantes que los valores eternos; se busca la felicidad y la paz en las posesiones, ya sean hechas por la mano o por la mente, acumulando cosas o simples conocimientos. Si caminan por una de las calles principales, verán tiendas y más tiendas que venden la misma cosa de colores y formas diferentes; encontrarán innumerables revistas y miles de libros. Queremos distraernos, divertirnos, olvidarnos de nosotros mismos, porque en lo interno somos muy desdichados y pobres, estamos vacíos y apesadumbrados.

Ante estas necesidades, se construyen máquinas y empieza la tiranía; creemos que la simple industrialización resolverá nuestros problemas económicos y sociales, pero ¿los resolverá? Tal vez, lo haga por un tiempo, pero el resultado son las guerras y las revoluciones, la opresión y la explotación; expandiendo la llamada "civilización", la industriali-

zación con sus consecuencias, a los "no civilizados".

La industrialización y las máquinas son un hecho y no podemos pasar sin ellas, pero sólo ocuparán su verdadero lugar cuando el hombre no dependa de las cosas para su felicidad y cultive las riquezas internas, los tesoros perdurables de la realidad. Sin eso, la mera industrialización traerá incalculables horrores; la industrialización tiene su razón de ser cuando existen valores internos. Este problema no es de un país o raza en concreto, es un problema humano. Sin el poder equilibrante de la compasión y de la espiritualidad, lo único que tendrán será más producción de cosas, más actividades, más técnica, más y peores guerras, más opresión económica y fronteras del poder, más formas sutiles de engaño, más división y tiranía.

Del mismo modo que una piedra puede cambiar el curso de un río, unos pocos seres humanos que comprendan pueden, quizá, desviar este terrible curso de la humanidad. Pero es difícil resistir la constante presión de la civilización moderna, a menos que uno esté constantemente alerta y, por tanto, pueda descubrir los tesoros perdurables.

Ojai, California, 18 de junio de 1944

* * * * *

Interlocutor: ¿Por qué no afronta las dificultades económicas y sociales, en vez de refugiarse en esa actitud mística y oscura?

Krishnamurti: He intentado señalar que sólo dando importancia a las cosas primordiales, es posible comprender y resolver las cuestiones secundarias. Las dificultades sociales y económicas no pueden solucionarse sin comprender sus causas. Para comprenderlas y, de ese modo, generar un cambio fundamental, primero tenemos que comprendernos a nosotros mismos porque somos la causa de esas dificultades.

Nosotros, como individuos y como grupo, hemos creado esta lucha y confusión económica y social; somos los únicos responsables de todo eso y, en consecuencia, como individuos, quizá también como grupo, podemos establecer orden y claridad. Para actuar colectivamente, debemos empezar con lo individual; para actuar como grupo, cada uno debe comprender y cambiar radicalmente estas causas internas que producen el conflicto y la desdicha externa.

Mediante leyes es posible obtener cier-

tos resultados positivos, pero sin transformar las causas internas y fundamentales del conflicto y del antagonismo, estos resultados se revertirán y de nuevo aparecerá la confusión. Las reformas externas siempre necesitan nuevas reformas y ese camino conduce a la opresión y a la violencia. El orden externo duradero y la paz creativa, tan sólo pueden existir si cada uno genera ese orden y esa paz dentro de sí mismo.

Todos, sin importar su situación, buscamos poder, somos codiciosos, lujuriosos, violentos, y sin erradicar esto de nuestro interior y por nosotros mismos, las simples reformas externas, aunque puedan producir ciertos resultados superficiales, pronto quedarán anuladas por aquéllos que siguen buscando posición, fama, etc. Para generar ese cambio imprescindible y fundamental en el mundo, con sus guerras, rivalidades y tiranías, es evidente que debemos empezar por nosotros mismos, con una transformación profunda.

Posiblemente, dirán que reformar el mundo de esa manera llevará mucho tiempo; ¿eso es todo? ¿Cambiará cualquier revolución superficial, corta y drástica, la realidad interna? Aun sacrificando el presente, ¿generará eso un futuro feliz? ¿Utilizando malos medios

se lograrán buenos fines? No hay ninguna garantía de que eso suceda, aun así, seguimos intentándolo ciegamente, sin pensar, sin ver los resultados de tanta destrucción y desdicha. Únicamente es posible tener paz y orden por medios pacíficos y ordenados.

¿Cuál es el propósito de las revoluciones económicas y sociales externas? ¿Es liberar al hombre, ayudarle a pensar, a sentir plenamente y a vivir de manera completa? Todos los que quieren cambios rápidos e inmediatos en el orden económico y social, ¿no establecen también un modelo de conducta y pensamiento, un "qué pensar" y no un "cómo pensar"? De esa manera distorsionan el propósito inicial y el hombre de nuevo vuelve a ser una marioneta del medio.

Durante estas charlas estoy tratando de explicar que la ignorancia, el rencor y la lujuria causan dolor, y sin la propia purificación de estas limitaciones es inevitable que causemos conflictos, confusión y desdicha externa. La ignorancia, la falta de conocimiento propio, es el mayor de los "males". La ignorancia impide el recto pensar y da importancia a cosas que son secundarias, con lo cual, la vida se vuelve vacía, insulsa, en una rutina mecánica de la cual buscamos escapar: nos

entregamos a los dogmas, a la especulación, a la ilusión, pero todo eso no es misticismo. Al intentar comprender el mundo externo, uno llega al mundo interno y, lo interno, cuando de verdad se busca y realmente se comprende, conduce a lo supremo. Esa realización no es fruto de ningún escape, y tan sólo esa realización traerá orden y paz al mundo.

El mundo se debate en el caos porque nosotros hemos buscado falsos valores, hemos dado importancia a lo sensual, a lo mundano, a la fama personal y a la inmoralidad que producen conflicto y sufrimiento. El verdadero valor se encuentra en el recto pensar; pero no hay recto pensar sin conocimiento propio, y el conocimiento propio llega observándose a uno mismo.

Ojai, California, 25 de julio de 1944.

Lo mundano y lo espiritual

Interlocutor: ¿No es necesario creer en Dios en este mundo terrible y despiadado?

Krishnamurti: Desde siglos y siglos creemos en Dios, pero aun así hemos creado un mundo terrible. El salvaje como el sacerdote altamente civilizado creen en Dios; el hombre primitivo mata con arcos y flechas, y danza frenéticamente; el sacerdote civilizado bendice los acorazados y los bombarderos, dando buenas razones. En ese caso, ambos creen, pero también están los que no creen en nada, pero matan a todo el que se cruza en el camino. No lo estoy diciendo con espíritu cínico o despectivo, así que tengan la bondad de no sonreír, es un asunto muy serio.

El hecho de tener una creencia o una ideología no termina con las matanzas, con la opresión y la explotación. Todo lo contrario, seguimos teniendo espantosas y despiadadas guerras, destrucción y persecuciones en nombre de la paz, en nombre de Dios. Si lográramos abandonar esas creencias e ideologías antagónicas, y generáramos un cambio profundo en nuestra vida diaria, entonces habría una oportunidad de un mundo mejor.

Nuestra vida cotidiana ha provocado la presente y las anteriores catástrofes y horrores; nuestra indiferencia, nuestros nacionalismos exclusivos y privilegios económicos con sus fronteras, nuestra falta de buena voluntad y compasión, han generado estas guerras y otros muchos desastres. Lo mundano siempre traerá caos y dolor.

Somos el resultado del pasado y, sin comprenderlo, edificar sobre él es invitar al desastre. La mente, al ser un resultado, un proceso, no puede esperar comprender lo que no tiene forma, causa ni tiempo; para comprender aquello que no ha sido creado, la mente debe dejar de crear. Cualquier creencia pertenece forzosamente al pasado, ha sido creada y se convierte en un obstáculo que impide experimentar lo real. Si el pensar y el sentir están limitados, condicionados, es imposible comprender lo real; tiene que haber una apertura, una pacífica liberación del pasado, una espontánea intensidad de silencio en donde sólo lo real pueda florecer.

Cuando contemplamos una puesta de sol, en ese instante de belleza hay una dicha espontánea y creativa. Si deseamos repetir esa experiencia de nuevo, no encontramos esa dicha en la puesta de sol; intentaremos captar

la misma felicidad creativa, pero no aparecerá. La mente, cuando nada desea o espera, es capaz de percibir, pero una vez ha percibido espera conseguir más y esa codicia la ofusca. La codicia es acumulativa, es un almacenar y acumular, y para la mente y el corazón es una pesada carga.

La codicia, por medio de las olas corrosivas de los recuerdos, corrompe nuestro pensar y sentir. Únicamente a través de una atención profunda es posible terminar con este proceso acaparador del pasado. La codicia al igual que el placer, siempre es exclusivo y limitado, ¡cómo el pensamiento nacido de la codicia puede comprender aquello que es inconmensurable!

En lugar de fortalecer las creencias y las ideologías, observen sus pensamientos y sentimientos, porque de ellos surgen las dificultades de la vida. Lo que uno es, eso es el mundo; si uno es cruel, lujurioso, ignorante, codicioso, así es el mundo. Tanto si creen o no en Dios, eso tiene muy poco valor, porque según lo que piensen, lo que sientan y lo que hagan, el mundo será terrible y despiadado, pacífico y compasivo, bárbaro o sabio.

Ojai, California, 18 de junio de 1944

* * * * *

Interlocutor: Díganos, por favor, ¿cuál es su concepto de Dios?

Krishnamurti: Bien, ¿por qué queremos saber si Dios existe? Si podemos captar la intención profunda de la pregunta, se dará una gran comprensión. La creencia o la no-creencia, son obstáculos permanentes que impiden comprender la realidad; la creencia y los ideales, son el resultado del miedo porque el miedo limita al pensamiento y para escapar del conflicto nos evadimos hacia diversas formas de esperanzas, estímulos e ilusiones.

La realidad es la única experiencia auténtica y directa. Si dependemos de la descripción de otro, la realidad desaparece porque la descripción no es lo real. Si nunca hemos probado la sal, de nada sirve la descripción de su sabor, tenemos que probarla para saberlo. Ahora bien, la mayoría queremos saber lo que es Dios porque somos indolentes, porque es más fácil depender de la experiencia de otro que tener nuestra propia comprensión; lo cual también cultiva en nosotros una actitud irresponsable y, así, todo lo que tenemos que hacer es imitar a otro, mode-

lar nuestra vida de acuerdo con cierto patrón o según la experiencia de otro, y al seguir su ejemplo pensamos que llegaremos y lo lograremos.

Para comprender lo supremo debemos estar libres del tiempo como pasado, presente y futuro, de los temores a lo desconocido, de los fracasos y de los éxitos. Seguramente hace esa pregunta porque quiere comparar su imagen de Dios con la mía y de esa manera reafirmarla o condenarla, pero eso sólo lleva al enfrentamiento y al intercambio de opiniones, no conduce a la comprensión. Dios, la verdad o como quiera llamar a la realidad, no puede describirse, y si lo describe esa descripción no es lo real.

Es inútil preguntar si Dios existe, porque la realidad se manifiesta cuando el pensamiento se libera a sí mismo de sus propias limitaciones y anhelos. Si nos han educado en la creencia o en la no-creencia de Dios, eso ha influido al pensamiento, de generación en generación se ha creado un hábito, y tanto la creencia como la no-creencia en Dios impiden la comprensión de Dios. Al quedar atrapados en la fe, cualquier experiencia que uno pueda tener de acuerdo con su creencia, sólo refuerza el propio condicionamiento establecido; la

simple continuidad del pensamiento limitado no significa comprender la realidad.

Cuando afirmamos a través de nuestra propia experiencia de que existe o no existe Dios, estamos teniendo y repitiendo experiencias influidas por el pasado. Sin comprender las causas de nuestra propia esclavitud, ninguna experiencia nos dará la sabiduría. Si seguimos repitiendo cierta guía que llamamos experiencia, esa experiencia únicamente fortalece nuestras propias limitaciones y, por consiguiente, no permite estar libre de esa influencia.

La mente, como he señalado, es el resultado del anhelo y, por eso, es transitoria. Cuando la mente desarrolla una teoría sobre Dios o la verdad, queda atrapada en esa teoría de su propia fantasía y, por tanto, no es lo real. Uno debe estar muy atento a las diferentes expresiones del anhelo, del miedo, etc., y mediante la constante investigación y percepción puede surgir una nueva comprensión que no es resultado del intelecto ni de la emoción. Para comprender la realidad tiene que haber una atención constante y firme.

Ojai, California, 7 de julio de 1940

* * * * *

El amor es la única respuesta perdurable a los problemas humanos. No hagan una división artificial entre al amor a Dios y el amor al hombre, sólo existe el amor. El amor está restringido por múltiples barreras, pero sin el amor, la compasión, el perdón, la generosidad y la bondad no pueden existir; sin amor, todas las virtudes se vuelven crueles y destructivas. El odio, la envidia, el rencor, impiden la plenitud del pensamiento-emoción, y tan sólo en la plenitud puede haber compasión y perdón.

Eddington, Pensilvania, 1940.

Jiddu Krishnamurti, considerado uno de los grandes maestros espirituales que más influencia ha tenido en el mundo en las últimas décadas, dedicó su vida a dar conferencias por todo el mundo y mantuvo diálogos con renombrados científicos, líderes religiosos, políticos, psiquiatras, educadores, y con gente común de la calle.

Krishnamurti dejó muy claro que no era un gurú, deploraba la relación maestro-discípulo, ni tampoco el líder de ninguna organización religiosa.

Su propósito era hacernos ver la necesidad de liberarnos de todo cuanto nos impide descubrir la verdad por nosotros mismos.

Señalaba la importancia de comprender y no de buscar consuelo; insistía en que cada uno debe ser su propio maestro y tratar de descubrir por uno mismo los conflictos de la mente y de la conciencia.

Esta filosofía pretende terminar con la violencia y el sufrimiento mediante la transformación psicológica, la única que puede abrir las puertas de la verdad, del amor y de lo inconmensurable.

Obras de Krishnamurti publicadas por esta editorial:

"El futuro de la humanidad" (Libro o libro con DVD)

"La atención y la libertad interior" (Libro a color con DVD)

"La relación y el apego" (Libro a color con DVD)

En DVD:

Serie: "La naturaleza de la mente" (4 DVDs)
Serie: "El mundo de la paz" (4 DVDs)

Este es un libro de:

E.L.A.
Ediciones Librería Argentina
Andrés Mellado, 46
Tel 91 543 47 81
28015 Madrid
España
www.libreriaargentina.com

IMPRESO EN ESPAÑA

Los conflictos internos se convierten en desastres externos; el problema de uno es el problema del mundo y sólo uno puede solucionarlo, nadie más, nadie puede hacerlo por otro.

El político, el economista, el reformador, al igual que uno, es un oportunista, un inventor de planes; pero nuestros problemas, el conflicto, la desdicha humana y esta existencia vacía que produce desastres tan atroces, requiere algo más que invenciones astutas o reformas superficiales de los políticos y propagandistas.

Se necesita un cambio radical de la mente humana y nadie puede generar esa transformación para otro, cada uno debe hacerlo.

E.L.A.



ISBN 978-84-85895-45-8

LA CRISIS NO ES EXTERNA, ES INTERNA

KRISHNAMURTI

E.L.A.